

# ‘¡Que la gente sepa ver!’. El amor es el principio del conocimiento

Guillermo Quintás  
guillermo.quintas@uv.es



Emilio Lledó, *Dar razón*, KrK, Oviedo, 2017.

Las reseñas en medios como *Pasajes* ya no sacrifican su razón de ser a la promoción del título objeto de reseña. Es más, en nuestro caso hasta esto es innecesario porque la satisfacción de la actualidad y la promoción de Emilio Lledó, *Dar razón* (KrK, Oviedo 2017) ha sido cubierta y bien atendida por T. Constela (*El País*, 3 de julio de 2017). Esta edición, dirigida por Juan A. Canal, ha contado con el apoyo de Ediciones KRK Pensamiento, siempre al cuidado de su editor Benito García Noriega. Esta conjunción de afecto, rigor intelectual y conocimiento de la profesión editorial, ha dado de sí una edición que alcanza la perfección al ofrecer las treinta y ocho conversaciones que se ofrecen bajo el título *Dar razón*. Una de estas entrevistas, desplegada a lo largo de setenta páginas, realizada en septiembre de 2016 y presentada como «*Pro-logoi*, diálogo introductorio a *Dar razón*», supone una verdadera revisión del pensamiento del profesor Lledó ante el que Juan A. Canal persigue mostrar cómo su reflexión, por ser la de un filósofo, siempre ha estado abierta a «los intereses de la gente» y ha buscado «recobrar la comunicación del pensamiento de manera dialogante y dialogada» recogiendo «pareceres» que, con independencia de la fecha en que fueron expuestos, «pueden sostenerse» a la altura de 2017. Juan A. Canal encara con rigor y claridad al profesor Lledó cuando

viene a recuperar sus posiciones finales en torno a problemas de nuestro sistema educativo, al uso de la información y al modo de hacer frente al arrollador flujo informativo e informático o bien al poder de la imágenes, a la organización de las universidades privadas y a los fines que las animan: mitos de discriminación. Al resaltar la excelencia lograda por el editor y por quien ha tenido a su cargo la edición debemos dejar constancia de un dato fundamental: no estamos ante la reedición de M. Jalón, *Palabras entrevistas* (Salamanca 1997), sino ante una proyección que recupera un pensamiento formulado desde 1965 hasta 2017 en distintos medios de comunicación. Más aún, se nos presenta un pensamiento que en alguna de sus vetas ha forzado a Emilio Lledó a ganar la justificación sistemática de posiciones ampliamente reiteradas en distintos momentos de estas entrevistas; me refiero a su estudio *Sobre la educación*. La necesidad de la literatura y la vigencia de la filosofía (Taurus 2018), obra que por sí misma y en razón de la propuesta de Emilio Lledó requiere una atenta lectura. Las cuestiones que figuran en el índice de este nuevo estudio no serán ajenas al lector de estas conversaciones que conforman *Dar razón*, pues en esta obra se asume la educación como «el problema siempre mal planteado y, por consiguiente, siempre sin resolver».

Así pues, nada tiene de extraño que demos a conocer a estas alturas algunas reflexiones sobre las 668 páginas en las que Emilio Lledó, «hombre de izquierdas», traslada las conversaciones, mantenidas a lo largo de los años ante la demanda planteada por un periodista, un profesor o un colectivo académico; entrevistas cuyo tenor viene determinado por los intereses del entrevistador y del medio en el que presta su servicio, así como por la imagen que de Emilio Lledó («debo tener algo de horticultor o de botánico porque me gustan las raíces...») ya se habían fraguado alumnos y medios en un momento muy temprano de su vida profesional en la universidad española de La Laguna. Sin duda alguna, entrevistas como la publicada en *Triunfo* por Juan Cruz colaboraron en gran medida a difundir la imagen de quien juzga necesario romper con nuestra concepción y organización de la docencia (¿no sería hora de llevar a término ya esa rebelión?) superpuesta sobre una organización administrativa del saber que Lledó reprueba en cada encuentro. Al hacerlo, su crítica traspasa la estructura profunda del proceso de formación y de la organización universitaria: «mis recuerdos son siempre... de la biblioteca como lugar de investigación y estudio, pero no estudio de prontuarios y apuntes para verterlos papagayescamente en fútiles exámenes». Una visita a muchas de las salas de bibliotecas universitarias continuaría acentuando la necesidad y oportunidad de hacer de la biblioteca «el centro de investigación y de estudio». Las entrevistas recogidas en *Dar razón* proyectan la imagen de quien, alejándose de «la obsesión de los programas, de los exámenes, de los manuales y de las asignaturas (“el concepto de asignatura me produce frío en la espina dorsal”)), apuesta por una consideración de la docencia como un espacio en el que el profesor «manifiesta su propia y particular experiencia intelectual, su larga marcha viva a través del saber del que puede ser especialista». ¿A dónde nos

conduciría el desarrollo de la docencia si fuera regulado por este principio y fuera asumido por todos y cada uno de los docentes, aunque ello sitúe al docente en un universo de preguntas a las que no está habituado?

Provisto de esta concepción de la docencia, Lledó enfrenta las preguntas del entrevistador y lo hace con gran claridad, y aporta en cada caso propuestas muy concretas («poner en contacto al alumno con unos textos determinados», «el espacio universitario tiene que tener soledad», «soy un defensor decidido de la educación pública») y sin eludir las advertencias de las que la docencia está muy necesitada; este es el caso cuando defiende que «la transmisión de un autor contemporáneo no garantiza la calidad de la enseñanza», cuando denuncia que «la enseñanza se convierta en un objeto de manipulación económica e ideológica» o bien cuando pone toda su lucidez en destacar una finalidad muy dejada de lado: «la universidad tiene que ser creadora de cultura moral». Esta forma de dar respuesta permite juzgar incluso entrevistas como la realizada por el consejo editorial de Zona Abierta; en ella se cuestiona «la función y los límites» de una cátedra de filosofía en la España de aquellos días; la pregunta hoy puede y debe ser retomada como consecuencia de las respuestas ya dadas. En cualquier caso, al hacer frente a las preguntas, Lledó nos deja tantos motivos de reflexión que el texto de la entrevista no autoriza a proseguir con la lectura, sino que nos obliga a cerrar el volumen y a repensar sus palabras que parecen proceder de un escrito y no dichas ante un magnetofón. Las respuestas dadas, por ejemplo, a los compañeros de Zona Abierta debieran ser objeto de reflexión de todos los equipos de gobierno de nuestras universidades. La riqueza del texto es incuestionable y, por ello, las conversaciones presentadas en *Dar razón* han de ser otros tantos motivos de reencuentro con nosotros mismos y nuestros problemas.

Más aún, el lector no debe revisar el índice de la obra y sentirse proyectado hacia unas páginas en razón del título dado a una entrevista en su día por el periodista que la realiza; es preferible atenerse a la cronología, apreciar cómo surgen los principios, cómo se efectúa su defensa y cómo finalmente se lanza a la crítica, asociada en algunos casos a producir un merecido descrédito de otras posiciones; este es el caso, por ejemplo, cuando aborda la respuesta a la pregunta «¿Qué modelo de educación pública?» y abre su exposición para indicar que «la enseñanza, sobre todo en la universidad, no puede estar determinada por la ideología del dinero, de la utilidad». Más aún, llega a enjuiciar la calidad del sistema político en razón del trato dado a la educación: «Que... no se haya logrado el efectivo aprovechamiento por todas las capas de la sociedad y siga recayendo en los más débiles la incultura es algo que no encaja con la cacareada democracia». La respuesta, además, nos aporta el fragmento del texto clásico en el que ya se reivindicó una y la misma educación para todos los ciudadanos, dejando la atención de su calidad al cuidado de la comunidad (1337 a 21). Esta conjunción de principios y textos clásicos no solo abundan en la demostración de la productividad de los textos clásicos, cuya reivindicación ha de ser constantemente reno-

vada; además, marcan con claridad el punto de referencia para proceder a una posible organización de la docencia: «El engancharse al subsuelo de humanismo es lo único que nos puede salvar».

La satisfacción de los intereses del entrevistador no es un dato accidental, pues el periodista hace suyos los problemas que la sociedad siente como tal y los traslada al profesor Lledó para recibir criterios de reorganización del ámbito docente; muy probablemente esa diafanidad de sus respuestas ha justificado que el periodista retorne una y otra vez a su cita con este profesor. A nadie se le oculta que la educación ha sido un tema pendiente en nuestra sociedad, que todos lo sentimos como tema pendiente y que, por ejemplo, las sucesivas reformas de los planes de estudio y de las titulaciones solo han acentuado la sensación propia de quien se siente perdido, sin conocer la dirección de su apuesta. Lledó enfrenta las demandas de unos o de otros convencido de «ser necesario recobrar, en lo posible, una clara imagen de nuestro inmediato pasado. Sobre todo cuando el presente empieza a perder su memoria y en su lugar aparece una niebla en la que se esfuman los ideales y los valores políticos y culturales que sostuvieron las esperanzas de una generación a la que han pertenecido algunos de los hombres más inteligentes, más generosos, más idealistas y buenos que he conocido. En lugar de la memoria que nos ata y nos compromete, empiezan, en su lugar, a aparecer, con dominio y descaro, los esperpentos que imaginábamos que, para bien del país, habían ya desaparecido». El lector de estas entrevistas aprecia que este testimonio de Emilio Lledó, explicitado a la altura de 1996, ha regulado su modo de estar entre nosotros. ¡Cómo estamos sintiendo el peso de «los esperpentos»! ¡Cómo lamentamos que las facultades de Pedagogía hayan hecho todo lo posible por alejarnos de nuestra propia tradición pedagógica en la que, según Lledó, podríamos haber aprendido que «la cultura no es tener Quijotes o Goyas, es *necesitar* leerlos o verlos y crear las condiciones *educativas* para que esto sea posible». Sin duda alguna que el lector de estas entrevistas acabará asumiendo que «la cultura no está en los museos, sino en quien los contempla» y que todo el que se sienta interesado por la cultura debe entregarse al logro de un proyecto: «que la gente sepa ver». Para llevar a término esa «reforma radical y revolucionaria» nos propone una y otra vez volver la vista hacia la Institución Libre de Enseñanza, a la que no duda en calificar como «estimuladora y creativa», mucho más moderna que «nuestros modernistas tecnólogos».

En todos estos casos, las respuestas de Lledó reconducen al lector a otra forma de estar ante el problema, esto es, reflexionando, pues la respuesta de Lledó alcanza su momento de verdad para el lector cuando ha superado el momento de la provocación y acentúa la posición del sujeto: «la imagen solo cobra verdadera vida en tanto cae en nuestro diálogo, en nuestra capacidad de entenderla y apreciarla». Por ello, la defensa de un principio conduce a una propuesta: «una de las más fecundas tareas pedagógicas es enseñar a los niños a mirar: educar la gramática de la sensibilidad». Esta vinculación de principios y propuestas reguladoras

de la actuación del profesor son muy significativas y características del proceder de este filósofo que retorna de continuo a sus años de formación en Alemania y a G. de Humboldt. En todos estos momentos de reflexión aparecen asociados los términos *lectura, reflexión, distancia, libertad de pensamiento, interpretación, crítica, esfera de lo público*. Esta serie de propuestas aparecen encajadas en una personalidad que tiene un fuerte sentido social y que evoca como «una bella experiencia» las clases impartidas en una cafetería de Heidelberg a emigrantes que «no habían recibido ni clases de gramática española». En definitiva, las preguntas guardan una clara relación con nuestros tiempos y las respuestas no ocultan los motivos de crítica ni las razones de los momentos de pesimismo.

La entrevista desplegada por Juan A. Canal me ha hecho sentir una necesidad editorial, pues bien podría figurar como volumen independiente en una posible colección que diera a conocer los diálogos articulados sobre el trabajo y proyección de una obra significativa para favorecer la orientación de nuestras gentes y de nuestras culturas en el presente por cuanto denuncia con claridad que «la violencia política brota de la ignorancia, del desprecio a los demás, de la mala educación, de deformación mental, en suma, de ceguera». La entrevista de Juan A. Canal a Lledó se convierte en un dar cuenta de sí, pero trenzando esas aportaciones con una revisión del presente con el fin de advertir de los caminos errados («considero la especialización de los estudios como un disparate») por los que la sociedad presente puede estar transitando cuando lo que se precisa es que se cultiven «mitos, pero que sean de solidaridad y nunca jamás mitos de discriminación».

Emilio Lledó nos advierte que bien pudiera suceder que en alguna de estas entrevistas no haya quedado rastro alguno de «las circunstancias que las provocaron»; pero sí que «ponen al descubierto las claves de [su] pensamiento», aunque no vierta en todas ellas un desarrollo como el que el lector apetecería. No tiene el mismo tenor una entrevista en la que se aborda el análisis de alguna de las publicaciones con las que nos hemos formado (*El silencio de la escritura, La memoria del logos, Memoria de la ética*, etc.) que aquellas otras en las que el periodista está interesado por recabar una opinión sobre un problema nacional («lo que no acepto en ningún nacionalismo es esa pseudofilosofía de la identidad»), preferentemente alguna pregunta relacionada con la educación o la cultura. Buena prueba de ello es la respuesta a todos esos momentos en que Lledó reitera principios asociados a la posibilidad de ganar una buena educación y de examinar la educación de nuestras gentes o de articular el nacionalismo con una posición de hombre de izquierdas. Una circunstancia fundamental parece haberse dado y queda claramente indicada en las distintas entrevistas: Emilio Lledó es reiteradamente preguntado por nuestra educación, por nuestra cultura. Y se le cuestiona porque se espera ganar de sus palabras no un plan al uso para la reforma de la educación, sino unos principios que sería necesario recuperar para poder ganar la educación que nuestros ciudadanos precisan. En todos estos casos

Lledó no duda en ofrecer severas críticas respecto del horizonte que establecen los cambios pedagógicos y el periodista se ve claramente atraído por su decir y sus propuestas. Bajo la sombra del Protágoras y los principios del humanismo y de la Ilustración se despliega una severa crítica que se reitera en diversos lugares; buen ejemplo de ella podría ser esta afirmación que formula a la altura de 1993 y parece de plena actualidad: «pululan los tecnopedagogos de la vaciedad, los diseñadores de ridículos planes, los arbitristas de complejísimos diagramas de papel donde predicán un discurso vacío que no tiene nada que ver ni con la cultura, ni con los libros ni con la vida. El otro día cayeron en mi mano unos apuntes de “pedagogía moderna” que me enviaba desde Madrid un amigo espantado de que semejante bazofia no solo se enseñe, sino que sea objeto de examen con el que atontar a nuestros indefensos universitarios». El alcance de esta censura tiene unas dimensiones que solo se perciben cuando se aprecia cómo reitera de modo claro, insistente y preciso el ideal que debería de perseguir el maestro: «Es necesario un planteamiento innovador y revolucionario, no de metodologías y sistemas pedagógicos, que a veces encierran enormes trampas, sino de *amor* al arte, a la matemática, a la cultura. El amor es el principio del conocimiento». Y este principio se recupera en cada caso, en cada entrevista: «La educación, tanto como transmitir contenidos, debe transmitir amor hacia la materia que enseña. La vida intelectual es una transmisión amorosa. Esta proclividad hacia los otros, ese enlazar a los alumnos con los intereses comunes que los apasionen y dirigirlos hacia determinado saber es una de las misiones fundamentales del maestro. Mantener este ideal frente a las ofertas de «los mercachifles» de la enseñanza se convierte en una reivindicación que hemos sentido como la verdaderamente salvadora del quehacer docente y de la ilusión que anima el esfuerzo del discente. La reiteración en el mensaje puede adoptar distintas formas, pero este principio siempre queda a salvo y, por ello, no duda en reconocer que puede «haber gente preparada» en el sector de la enseñanza, pero se precisa que «tengan la suficiente sensibilidad [...] para demostrar que se ama lo que se enseña». Y, por supuesto, al debe quedar claro: «la Universidad es apasionamiento por los conocimientos».

La historia vivida en los últimos años en los que se han superpuesto reformas y planes de estudio, orientadas por la utilidad y el lucro inmediato, solo son percibidos por el lector de Emilio Lledó como un gran engaño a la sociedad y a los universitarios. A todos ellos es preciso recordarles que «la Universidad tenía que ser creadora de una cultura moral». Pero también debemos aceptar la sospecha que filtra Lledó al formular esta tesis: «A lo mejor hay quien ante esto se ríe, pero eso no importa, ¿verdad?». Lo que el día a día urge es precisamente la recuperación de ese principio que siempre enlaza el quehacer del propio estudio con los intereses comunes que, ante todo, han de ser atendidos por la educación que propiamente ha de ser pública: «Lo que habría que hacer es revisar a fondo la enseñanza pública, pues la idea de “cosa pública” es la idea de solidaridad».

Y esta es una pérdida que no nos podemos permitir: «la idea de lo social, de lo público, no debe caer».

He destacado la omnipresencia de su apuesta por la educación, por lo público. Una conjunción que tiene una razón de ser frente a la ideología del lucro en cuya difusión colaboran las más diversas instituciones, incluidas las universidades: «La escuela, la universidad, tendría que inyectar otra ideología distinta de esa que predomina en la sociedad». El pensamiento se reitera porque lo hacen las preguntas y las preguntas surgen porque el problema es sentido con preocupación por los lectores de esos medios de comunicación: «Educación pública para evitar que la enseñanza se convierta en un objeto de manipulación económica e ideológica». Pero no son estos los únicos temas a los que hace frente. Podría evocar, por ejemplo, su análisis del nacionalismo, su caracterización de la política de izquierdas, sus razones para traer al presente los diálogos de Platón. Pero prefiero que nos quedemos con este balance que realiza en una de sus entrevistas como respuesta al periodista de *El Faro de Vigo* quien le abordó con esta pregunta: «¿Usted tiene las ideas claras?» Lledó responde y nos deja todo un proyecto a realizar: «Lucho cada día por ello. Pero hay unas cuantas cosas que sí tengo claras, porque son el fruto de mi biografía. Por ejemplo, que la educación, la *paideia* griega es el centro de la vida humana. También tengo claro que el hombre es un ser que se hace y que el ser humano no está en el mundo, sino que es mundo. La lucha por construir un ser, por hacerse, es apasionante. Y el cauce por donde ese ser se constituye es la educación. Y esta es una de las asignaturas pendientes de nuestro país. Necesitamos una educación que se cargue de humanidades y de letras y que esté, por supuesto, en la frontera de la creatividad técnica... La enseñanza tiene que ser una escuela de cultura moral y ética, además de cultura técnica, por encima de fundamentalismos, de confesionalismos y de nacionalismos. Cada uno es hijo de sus genes, pero sobre todo de sus maestros. El engancharse a ese subsuelo de humanismo es lo único que nos puede salvar».

No se pueden marcar con más claridad los puntos fundamentales de referencia. Ya solo resta repasar con sosiego las páginas de *Dar razón*.

.....  
GUILLERMO QUINTÁS es profesor jubilado de Filosofía de la Universitat de València.